

CONTRA TODO PRONÓSTICO

Acerca de la novela *Los amores perdidos* de Miguel de León

Cecilia Domínguez Luis

Cuando un lector o lectora se enfrenta a la primera novela de un autor, es inevitable que lo haga con una serie de ideas preconcebidas acerca de lo que va a encontrar en sus páginas: una historia lineal, personajes tipo, etc.

Claro que, a veces, el libro nos sorprende, como lo ha hecho esta primera novela, *Los amores perdidos*, de Miguel de León, cuya calidad ha propiciado su publicación en la editorial Plaza&Janés.

Aquí, lejos de encontrarnos con una historia lineal, nos encontramos con una novela de estructura compleja, con saltos temporales y espaciales, sin que por ello pierda coherencia ni ritmo narrativo, con descripciones precisas y adecuadas a cada momento de la narración, y con una serie de personajes singulares, con una personalidad propia, verosímiles, hasta tal punto de que los llegaremos a amar o a aborrecer.

La historia principal, esas aventuras y desventuras amorosas de sus protagonista, Alejandra y Arturo que, como en un cuento de hadas, no dejan de tener ogros, brujas, magos y hadas madrinas, va más allá, mucho más allá.

Porque a través de los ogros- léase Jorge Maqueda y sus secuaces- la ogresa (luego arrepentida) Dolores Bernal y sus adláteres, el autor nos introduce en el lado oscuro, donde la ambición se vale de cualquier estratagema, incluso al asesinato alevoso, sin el menor escrúpulo, con tal de conseguir sus fines.

Relato donde las hadas madrinas y los magos propicios como Candelaria, Alfonso, el médico, Elvira, Venancio el cura, Roberto Giase, entre otros, con sus comportamientos totalmente humanos, y precisamente por eso, son capaces de cambiar el curso de la historia.

En todo este mosaico de buenos y malos, donde también, cómo no, existen criaturas que van de un lado a otro, sin norte, a veces sin sentido, como el caso de Pablo Maqueda o Fabio Nelli: perversos a veces, arrepentido y vulnerables otras, Miguel de León nos habla de una época oscura, donde el caciquismo impera, haciéndose dueño de vidas y haciendas de los otros, de los más débiles, de los que tienen que luchar cada día por un trozo de tierra, por un poco de pan y techo para sus hijos.

Y, para desarrollar esta historia, su autor necesita un territorio que, por supuesto, y dada su condición insular, no podría ser otro que una isla. Y en esta isla, compendio

de todas las islas, un territorio fundacional, El Terrero, lugar donde comienza y termina esta humana y a la vez extraordinaria aventura.

Se preguntarán, a raíz de lo dicho hasta ahora, que hay algo aquí que recuerda al García Márquez de *Cien años de soledad*, y por supuesto que lo hay, el mismo Miguel de León se confiesa deudor de este escritor. Y lo hay porque, tanto en la fundación como en la recreación de su territorio, el autor de *Los amores perdidos* recrea su propio lugar de nacimiento, y otros lugares de las islas, con sus geografías, su historia, sus habitantes, como lo hiciera el autor colombiano.

Pero no es este el único escenario donde va a transcurrir las vidas de los personajes. Porque toda novela es un viaje y, en este caso, el viaje no es solo vital, sino real, donde el escenario es totalmente diferente. Es la ciudad de New York, a donde marcha Alejandra, para conseguir encontrarse a sí misma. Una ciudad que se le ofrece, grandiosa, con sus grandes oportunidades y sus grandes miserias, con encuentros y desencuentros en los que la ciudad y sus habitantes van a ejercer un poderoso influjo. Una ciudad en cuya desmesura, como afirma el propio narrador, Alejandra «no podía sino sentirse perdida, necesitada de alguien que la ayudara a comprender la extrema complejidad en que se hallaba», pero que va a ser decisiva a la hora de tomar las riendas de su vida.

Estamos, pues, ante una historia, la de la novela, rica y compleja, y que, como todas, empieza con un acontecimiento que perturba la tranquilidad, el orden establecido en El Terrero: el intento de asesinato del protagonista, Arturo Quíner.

Desde ese momento, un narrador omnisciente, nos va a contar, a manera de flash back, todo lo sucedido hasta llegar a este desenlace, que no por ser el final de la novela, deja de ser menos impactante.

A partir de ahora nos enfrentamos con la historia de dos familias totalmente enfrentadas: los Bernal y los Quíner, como si de Montescos y Capuletos se tratara, pero que, en este relato, esa rivalidad se acrecienta con la diferencia social de ambas familias.

Por un lado, la familia Bernal, cuya cabeza, Dolores Bernal, representa el mundo caciquil que todo lo controla, incluso la vida de su propia familia y la de los otros, y que encontrará la «medida de su zapato» en otro cacique sin escrúpulos, Jorge Maqueda.

Por otro, los Quíner, que representan al pueblo trabajador, que se ha hecho a sí mismo, a pesar de todo, que lucha por mejorar sus condiciones de vida y la de los suyos y por mantener su dignidad.

Alrededor de estas familias, una serie de personajes que, a pesar de ser «secundarios», están perfectamente trazados por el narrador y que van a ser piezas fundamentales en el entramado de la historia, tanto en el que yo llamo «lado oscuro»: Roberto Bernal, Juan Cavero, Cayetano Santana, Eufemiano, etc., como por el lado esperanzador: los anteriormente nombrados, a los que se unen Rita, Ismael, los dos guardias civiles, Dámaso y Eduardo, etc.

Y entre todos ellos, también las víctimas como María y Daniel, o víctimas-verdugo, como Pablo Maqueda, cuyo arrepentimiento y trágico final no deja de conmovernos. Un final que, tal vez, tramó el autor de esta novela, para que, en cierta manera, el personaje “purgase” sus muchos desmanes.

Llama la atención el cuidado en el tratamiento de las figuras femeninas, con personalidades fuertes, acertadamente definidas, incluso más que las de los hombres.

Así, el personaje, a mi entender, más fuerte y libre de la novela, Rita Cortés, la madre de la protagonista, viene a representar las ansias de libertad, esa misma libertad por la que han luchado tantas mujeres a lo largo de los siglos. Rita se rebela contra su propio destino, y toma decisiones, tal vez equivocadas, pero asumiendo todas sus consecuencias. Una mujer que se siente protagonista de sus días, ocurra lo que ocurra, y a la que no es el amor lo que la redime, sino ella misma a través de ese amor, o esos amores reencontrados y a los que sabe responder hasta el final.

Y este desfile de mujeres, a lo largo de la novela, fundamentales en sus decisiones, nos ofrece una visión, un tanto insólita, si tenemos en cuenta el medio y el tiempo en que se desenvuelven sus historias. Incluso llegamos a admirar a la propia Dolores Bernal, a pesar de sus terribles errores.

He dejado para el final a los protagonistas de *Los amores perdidos*, porque, tanto Alejandra como Arturo encarnan lo mejor de esos mundos de los que fueron producto, y del que heredaron la honestidad, el amor incondicional, las ansias de libertad y el esfuerzo por superarse.

De ahí que, como en un cuento de hadas, superados los interminables escollos, la pareja pueda encontrarse de nuevo y «ser felices para siempre».

Pero, como dije al principio, esta excelente novela, es mucho más que un cuento de hadas: es una metáfora sobre la ambición, sobre el deseo de poder, sobre la corrupción, pero también es el relato de un progreso vital, un homenaje a la fortaleza, al deseo de superar todos los escollos que la vida impone. Un canto, en definitiva, a la terrible pero hermosa existencia.